á su esposa, contiene los acentos tiernos aunque reflexivos del hombre maduro.

La deliciosa pintura del amor conyugal en el primer canto de Thomson es para mí tan agradable, que paso á copiar una buena traduccion que tengo á la vista.

«¡Felices y los mas felices de los mortales aquellos á quienes la benéfica Providencia reunió, y que confunden en una misma suerte sus corazones, sus fortunas, sus existencias! No es el duro vínculo de las leyes humanas, aquel vínculo tan frecuentemente ageno de la eleccion de la voluntad, quien forma el nudo de la vida; sino la armonía misma, que acuerda todas sus pasiones en el afecto del amor. La amistad ejerce en su seno su mas dulce poder, la perfecta estimacion animada con el deseo, la indecible simpatía de las almas, el pensamiento encontrándose con el pensamiento, la voluntad adelantándose á la voluntad, con una confianza ilimitada. ¿Qué les importa el mundo, sus placeres, su locura? ¿no abraza cada uno de ambos, en el objeto que él ama, cuanto la imaginacion puede inventarse, cuanto un corazon abandonado á la esperanza pudiera desear? ¿No gozan de un embeleso mas poderoso todavía que el de la hermosura, ó en los afectos, ó en los rasgos animados por estos afectos mismos? Verdad, bondad, honor, ternura, amor, los mas ricos beneficios de la indulgencia del cielo les están acordados; y cerca de ellos se cria su posteridad risueña; la flor de la niñez se abre á su vista; y cada dia que corre desencierra una nueva gracia. La virtud del padre y la hermosura de la madre, se descubren ya en los niños; su débil razon se engrandece á cada momento; ella reclama bien pronto el socorro de continuos cuidados. ¡Deliciosa tarea de cultivar el pensamiento tierno todavía, de enseñar á la idea juvenil cómo ella debe crecer, de derramar instrucciones siempre nuevas en el espíritu, de inspirar las ideas generosas, y de fijar un noble designio en una alma inflamada! ¡Ah! hablad vuestros regocijos, vosotros á quienes una lágrima repentina sorprende frecuentemente cuando mirais al rededor vuestro, y que nada atrae vuestras miradas mas que pinturas de felicidad. Todos los afectos variados de la naturaleza se atropellan en vuestro corazon. El contento del alma, la paz del campo, una fortuna que basta á lo primoroso necesario, la amistad, algunos libros, el retiro, el trabajo y ocio, una vida útil, una virtud progresiva y el cielo aprobador! estos son los goces incomparables de un amor virtuoso; así pasan los momentos de estos afortunados esposos. Las estaciones que recorren incesantemente este mundo discorde, vuelven á hallar á su vuelta, á estos dos seres siempre felices; y aplaudiendo la primavera sus bellas suertes, esparce sobre sus cabezas su guirnalda de rosas. Hasta que por último, despues del largo dia de la primavera de la vida, llega la noche serena y dulce; siempre mas enamorados, supuesto que su corazon encierra mas recuerdos, mas pruebas de su amor mútuo, caen en un sueño que los reune otra vez: librados juntos sus pacíficos espíritus, vuelven hácia las moradas en que reina el amor y la inmortal felicidad.»

La literatura italiana presenta ménos melancolía que la inglesa, pero mas ardor. Nada tiene que desear el idealismo que trasporta despues de aquellas mugeres que pintó el Tasso, los encantos de Armida, la belleza de Clorinda, el amor de Herminia. Tambien las poesías líricas del vate italiano son el vivo fuego de la pasion. Al lado del Tasso figura el

culto místico del Dante á Beatriz, las canciones y sonetos del Petrarca que ya he mencionado. Los desposados de Manzoni merecen tambien un lugar distinguido en la historia de la poesía erótico-espiritualista, que tampoco puede desdeñar algunos rasgos de Alfieri y Metastasio.

En la literatura portuguesa encontramos el famoso poema de Camoens *Los Lusitanos*. Hay algunos críticos que consideran á Camoens muy superior al Tasso por su riqueza épica, y sea lo que fuere sobre este punto, ello es que *Los Lusitanos*, no obstante sus alusiones mitológicas fuera de propósito, contienen un gran número de cuadros llenos de un sentimiento de elevacion y de amor comparables con los mas bellos pasajes del épico italiano. Penetrado Camoens del fuego del entusiasmo y de la pasion, exhala frecuentemente las quejas lastimosas de la elegía erótica, mereciendo las calificaciones que algunos le han dado de poeta *heróico romántico*.

De los poetas alemanes solo citaré los dos nombres mas conocidos, Schiller y Goethe. Del primero he dado ya una muestra; el segundo sobresalió en diversos géneros, siendo notable por la extension de su ingenio. Los amores de Herman y Dorotea son un idilio tierno, natural, sencillo y gracioso de sabor bíblico; Wrether, aunque suicida, merece estudiarse como tipo de amor ideal, y en contraposicion de la literatura clásica. Goethe supo armonizar los sentimientos de su héroe con el aspecto de la naturaleza que describe, segun la estacion del año. Conoce á su amada en un baile campestre durante la primavera, crece su pasion con la vista y el trato, hasta que burladas sus esperanzas se da la muerte en un dia nebuloso del invierno, cubierto el campo de nieve, como el sudario que

debia vestir su cádaver. Mad. Stael dice[1] que la muerte de Werther, pintada de modo tan interesante, difundió en Alemania la manía del suicidio, por cuya causa es preciso hacer algunas reflexiones para comprender á Goethe. En verdad que el suicidio es un crímen, conforme á nuestras actuales ideas de moralidad; pero el suicidio de Werther fué generoso y noble; prefirió sacrificar su existencia á traicionar un amigo, dueño como esposo de la prenda querida. El suicidio impidió la traicion y el adulterio. Hay, pues, bajo este aspecto, cierta delicadeza de sentimientos que no podrá negarse. Tambien algunos filósofos antiguos censuraron injustamente á Homero como inmoral, en ciertos pasajes, porque no supieron distinguir lo que solo es una *ficcion poética* del rigor casuistico.

En una obra mas moderna que *Werther*, en el *Rafael* de Lamartine, fuera de las exajeraciones y de la metafísica amorosa de su escuela, fuera de cierta vaguedad de concepciones, no puede ménos de distinguirse la belleza armónica del espíritu y la materia, y ese libro sugiere reflexiones análogas á las que he hecho sobre el Werther de Goethe. Lamartine expone la pasion melancólica del enfermizo Rafael, y para darle un término que no fuese prosaico, tuvo que suponer *obstáculos* á la satisfaccion de ese amor: los obstáculos consisten en que Julia era casada; pero el poeta queriendo cohonestar la pasion, supone en Julia un casamiento en que no habian tomado parte ni el alma ni el cuerpo, solo las formalidades de la ley. El marido de Julia era un anciano que la habia adoptado como hija, como á tal la trataba y solo la ne-

1 *L'Allemagne.*

cesidad de asegurar su posesion por medio del matrimonio, le determinó á unirse legalmente con ella. Así Lamartine pudo dar á su composision todo el interes de la pasion contrariada, sin caer en lo deshonesto. Por lo demas, y visto en conjunto el libro que me ocupa, puede considerarse como un himno perpetuo á todo lo bello en la naturaleza física y moral, llegando el poeta á decir que: «Rafael no amaba la virtud por que fuese *santa*, la amaba especialmente porque era *bella*.»

¿A que fin, sin embargo, hemos de continuar nuestro exámen respecto á los productos de la razon y de la imaginacion con el objeto de probar la existencia del amor casto, cuando para conocerle basta ocurrir al testimonio de nuestra propia conciencia? Apartemos por un momento de nosotros el positivismo de la edad madura, el frio cálculo, los mezquinos intereses materiales; procuremos sustraernos á la atmósfera prosaica que nos rodea, y dirijamos una mirada á los dias de nuestra primera juventud, cuando el corazon todavía vírgen latió á impulsos del primer afecto.

Dudan algunos del primer amor porque de todo se duda, porque es, dicen, un sentimiento vago é indefinido. Esa vaguedad precisamente es lo que tiene el primer amor de espiritual y de casto. Parece que el alma no se atreve todavía á dar parte á los sentidos en sus primeros trasportes, aun no comprende bien que el espíritu celestial caerá en el fango algun dia; tiembla la mano al contacto de otra mano, y la vista se baja tímidamente al encuentro de una mirada.

Otro momento supremo hay en la vida del hombre que da á conocer el amor puro; es la hora triste y fúnebre que nos ha visto inclinados sobre el cadáver de una esposa ó de una

amante. ¿Quedará algo todavía del fuego de la concupiscencia ante un cuerpo inanimado y yerto? Indagaciones de esta especie profanarian la santa mansion de los que no existen, y las dejo para el que obstinadamente crea no poder sentir sino al contacto de la cortesana que derrama salud y vida.